

Y EN ESTAS LIBRERIAS

- ALICANTE**
MANANTIAL. *Del Teatro, 41.*
- BARCELONA**
BALMES. *Durán y Bas, 11.*
LA HORMIGA DE ORO.
Portal de L'Angel, 5.
CLARET. *Roger de Lluria, 5.*
GARBI. *Vía Augusta, 9.*
- BILBAO**
SAN PABLO.
Alameda Mazarredo, 3.
- BURGOS**
SAN JERONIMO. *Eduardo Martínez del Campo, 9.*
- CACERES**
SAN ANTONIO. *Apdo. 13. Margallo, 10.*
- CADIZ**
DIOCESANA.
Hospital de Mujeres, 26.
CERON. *Columela, 23.*
- CANTABRIA**
HNOS. GUTIERREZ
BARQUIN. KIOSKO. *La Plazuela, 20 (Castro Urdiales).*
- CASTELLON**
ARES. *Enmedio, 7.*
- CORUÑA, LA**
AVIR-DEISA. *Juan Florez, 36.*
MERINO. *Villa Negreira, 56.*
- SANTIAGO**
EGERIA.
P. de la Inmaculada, 4.
- GRANADA**
SAGRADO CORAZON.
Príncipe, 11.
- JAEN**
CATEDRAL.
Plaza de Santa María, s/n.
- LEON**
PASTOR. *Plaza de Santo Domingo, 4.*
- LOGROÑO**
LIBRERIA ARS.
Alda. Navarra, 3.
- MADRID**
DIOCESANA. *Bailén, 8.*
LA CASA DEL LIBRO.
Gran Vía, 29.
SAN PABLO.
Pza. Jacinto Benavente, 2.
ISLA. *Bailén, 19.*
NEBLI. *Serrano, 80.*
COOPERATIVA PARA EL CLERO. *San Bernardo, 101.*
- MALAGA**
RENACER. *Granada, 45.*
- MURCIA**
DIOCESANA.
Plaza Cardenal Belluga, s/n.
- ORENSE**
LIBRERIA BETEL.
Valentín Lamas Carvajal, 13.
- OVIEDO**
SAN PABLO. *Santa Susana, 31.*
ARZOBISPADO. *San José, 5.*
- PAMPLONA**
VAQUERO. *San Fermín, 16.*
UNIVERSITARIA.
Alda. Baja Navarra, 9 bis.
MANANTIAL.
Sancho el Mayor, 11.
- PLASENCIA**
DIOCESANA. *Obispado.*
- PONTEVEDRA**
SEOANE. *García Camba, 6.*
- SALAMANCA**
ARS. *Rua Mayor, 26.*
- STA. CRUZ DE TENERIFE**
FIVER. *Serrano, 9.*
- SAN SEBASTIAN**
ZUBIETA.
P. de Guipúzcoa, 11.
- TOLEDO**
PASTORAL.
Arco de Palacio, 1.
- VALENCIA**
SAN PABLO.
Pza. de la Reina, 2.
- VALLADOLID**
SAN PABLO. *Angustias, 5.*
ARZOBISPADO.
S. Juan de Dios, 5.
- VITORIA**
LINACERO. *Fueros, 17-19.*
- ZARAGOZA**
ARS. *Coso, 120.*
MANANTIAL.
P. de la Seo, 6.
PORTADA S.C.
Fernando el Católico, 44.

ROMA

- LIBRERIA ANCORA. *Vía della Conciliazione, 63.* LIBRERIA LEONIANA. *Vía dei Corridori, 28.*
LIBRERIA MANANTIAL-SORGENTE. *Piazza Navona, 90.*
EDICOLA BIGI. *Vía di Porta Angelica.* EDICOLA ALBANESI. *Vía della Conciliazione.*

OGGIORNI
30 DIAS

**Te pone delante
la verdad.**

Colaboraciones

La Obra y sus santos

El primer párroco que en Italia adherió al Opus Dei narra su experiencia y sus encuentros con el beato Escrivá y con Álvaro del Portillo

por Luigi Tirelli Barilla

Hablar de santidad puede ser fácil para quien se ponga a teorizar en clave teológica o filosófica y tenga suficientes coordenadas racionales y ascéticas: un cristiano común es capaz de hacerlo y la mayoría de sus oyentes le comprenderá sin necesidad de particulares ayudas, de intérpretes o comentaristas.

Pero es difícil, muy difícil, identificar lo que distingue a un santo verdadero de un creyente "mediocre" porque la vida tiene manifestaciones comunes a los dos y ostentar palabras y gestos diferentes de los habituales haría dudar de su sinceridad: el santo no es un original, sino un cristiano "normal". La perfección humana es la de Adán antes de la culpa: en él las facultades humanas estaban armónicamente equilibradas y el espíritu, soplado por Dios, dominaba y regulaba lo que el Creador había dispuesto y ordenado en la materia.

Es justamente esta normalidad del origen lo que el cristiano debe hallar para ser santo y nosotros sabemos que Cristo, con su ejemplo y por su gracia, la reconstruye en nosotros si colaboramos en el tiempo establecido para cada uno.

Por ello no se quiere utilizar, en el presente escrito, el término "santo" en el sentido estrictamen-

te teológico-jurídico, sino en el sentido con que lo usaban los primeros cristianos, que con naturalidad se llamaban entre ellos santos, como aquéllos que viven plenamente su fe.

La Iglesia, de vez en cuando, presenta a la atención de los fieles a algunos hijos suyos, hombres y mujeres, que en su estado, en un tipo de vida común a muchos más,

alcanzaron una identificación con Cristo: Cristo no sólo Maestro, sino también Modelo. No se trata, sin embargo, de igualdad porque los santos son diferentes entre ellos y, aunque todos son semejantes a Cristo, no están producidos en serie, como con un cliché. Entonces, ¿qué es ese *quid*, esa señal que permite reconocerlos entre mil, si desde fuera no se puede distinguir una particularidad, un detalle distintivo, una característica inconfundible que te haga exclamar: "¡Este es un santo!"? Aunque pueda parecer poética e incluso retórica, la respuesta está en el límite entre lo sensible y lo suprasensible: existe el perfume de la santidad. San Pablo lo definió «bonus odor Christi» (2 Cor 2, 15).

El 23 de marzo del año pasado, antes del alba, expiraba en Roma, pocas horas después de su regreso de Tierra Santa, monseñor Álvaro del Portillo, obispo prelado del Opus Dei, que en ese mismo mes había cumplido sus ochenta años en óptimas condiciones de salud. Lo habían conocido y querido miles de personas, no sólo miembros de la Prelatura, sino tanto hombres y mujeres de muchos países del mundo. Había desarrollado su tarea de sucesor del beato Josemaría Escrivá de Balaguer con tan diligente solicitud que arrancó ex-



Álvaro del Portillo, obispo prelado del Opus Dei fallecido el 23 de marzo de 1994

presiones y pensamientos de gran admiración de los que estaban a su lado y de los que no lo estaban, de gente de Iglesia y de extraños o escépticos en las cosas del espíritu. ¡Cuántos pensaron y dijeron: «Este es un hombre santo»!. No eran solamente sus palabras y obras las que produjeron esta interpretación, sino que con su simple presencia inspiraba confianza, paz y serenidad.

El fundador del Opus Dei

El fundador del Opus Dei lo había conocido cuando tenía poco más de veinte años. Vio en él a un joven fuerte, atlético nadador, estudiante de ingeniería, un buen apoyo para el trabajo que el Señor le había encargado. Durante casi 40 años colaboró con él, dócil, silencioso, hacedor, sonriente, y fue aprendiendo de aquel gran maestro del espíritu a recorrer los caminos divinos de la santidad.

Sé que no soy un apologista y que no poseo suficientes cualidades para retratar y ni siquiera bosquejar los principales rasgos de una figura tan rica y completa como la de don «Álvaro», como le seguimos llamando, por lo que utilizaré algunas frases o comentarios que el mismo beato Escrivá pronunció acerca de él en varias ocasiones.

Estas alusiones harán referencia al discurso inicial sobre la normalidad de la naturaleza humana. Es verdad y todos saben que antes del santo debe haber un hombre. Recuerdo haber oído de la boca del fundador ciertas alusiones a la timidez de aquel joven hijo: pues bien, don Álvaro se comportará con valor y con desgarro heroico al hacer frente a situaciones difícilísimas y a personajes con mala disposición de ánimo e incluso hostiles. Y aquel «defecto» juvenil —¡qué hermosa es la escuela de Cristo y cuán apasionante la aventura cristiana!— se convirtió en una poderosa virtud, base y fundamento de toda santidad: la virtud de la humildad. Quien lo conoció puede dar testimonio de que tanto con las palabras como con las obras don Álvaro fue humilde. Hasta el último día de su vida.

Alguien podría pensar en una personalidad vacilante, poco segura y quizás sin vigor ni fuerza. Todo

lo contrario: pasaron pocos años y aquel mozo «bien plantado» se convirtió en un apoyo firme para el entonces joven fundador y la naciente «Obra». «Saxum», roca le llamó su agradecido formador.

Se estableció entre ellos una simbiosis espiritual que no podían prescindir el uno del otro y se dieron hechos de sintonía y dedicación recíproca tan maravillosos —hechos atestiguados y documentados— que justifican la frase del beato Josemaría: «Estoy convencido que el Señor ha puesto a mi lado a Álvaro».

Fue simpático y admirado el comentario de una señora inglesa que entró en el Opus Dei en edad avanzada, en cuanto conoció al sucesor de un «Padre» tan santo: «¡Es su sombra!». Pero una sombra tan substancial y concreta que puede sustituir a un coloso. El prelado actual lo ha definido «un gigante» del espíritu. Y sin embargo, permaneció hasta el 26 de junio de 1975, cuando Dios llamó a su siervo fiel Josemaría, siendo un discípulo: nunca tuvo actitudes ni gestos de mando, de superioridad, aun en medio a tantas y tan grandes responsabilidades. Escuchaba como un niño las indicaciones y los consejos del «Padre» y aprendíamos de él a hacernos pequeños y dóciles porque sabemos que la única paternidad divina tiene aquí en la tierra sus representantes cualificados, seguros, los pastores legítimos. Quizá la característica principal de este hijo de Dios fue la lealtad ejemplar a su «Padre» y «Maestro»: repitió sus enseñanzas, aplicó sus normas de vida, llevó a cabo las directrices con obediencia filial, con generosa puntualidad, con un amor que no conoce obstáculos insuperables. Nos dimos cuenta desde el primer día que cayó sobre sus hombros el peso de la Obra de Dios: el cambio fue tan natural y sin sobresaltos que sorprendió y conmovió a todos los que habían llorado la desaparición del fundador como una pérdida irreparable. Comprendimos que también las sucesiones son obra de Dios cuando un santo entrega el «testigo» a otro santo... Y alguien recordó la historia bíblica de Elías y Eliseo... Sabíamos desde hacía tiempo que

nuestro «Padre» fundador deseaba este «cambio».

¡Cuántas veces hemos meditado estas palabras de Camino (n. 56)!: «Madera de santo= estofa de santo», para convencernos de que no existen particulares predisposiciones a la santidad, sino que Jesús dirige el mensaje de perfección cristiana a todos. La misma virtud natural o cardinal puede arraigar en temperamentos diferentes, en estofas diferentes y la variedad de tejidos no hace más que resaltar la única imagen que es la de Cristo.

El «buen olor» de la santidad

Quien estuvo a su lado pudo respirar a pleno pulmón este «buen olor» que se difundía con su palabra clara y profunda, con su sonrisa amable y cautivadora, con la paciente comprensión del interlocutor que lo sentía sinceramente partícipe de los propios problemas, de las propias situaciones.

Un acción, la de don Álvaro, que no conocía las rémoras del miedo, del juego diplomático, de expectativa dudosa y desconfianza: tenía presente aquel lema de la primera academia, fundada en los años treinta por el beato Josemaría: «Dios y audacia». Y fue el mismo fundador quien me susurró al oído, tras una empresa que le había confiado en 1949 y que él llevó a cabo entre mil dificultades: «¡Este hijo mío es un santo!». Elogio que nunca le volví a oír repetir sobre nadie más.

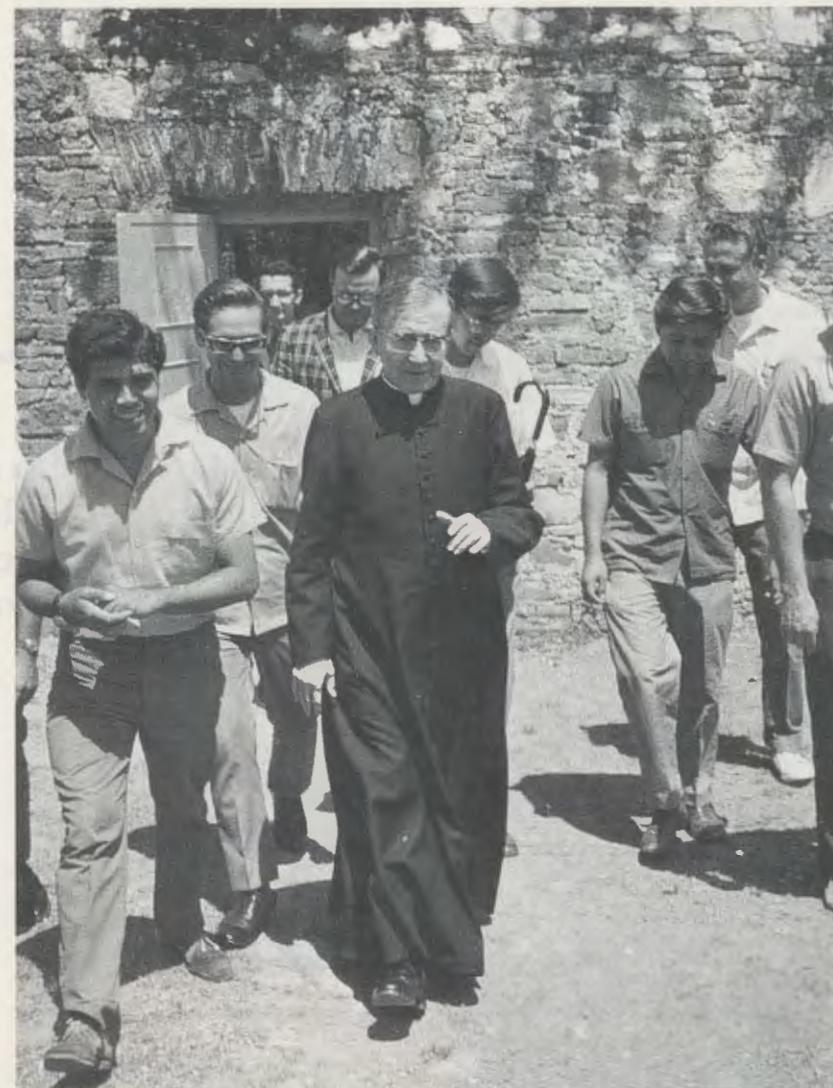
Obediencia que le hizo saltar de la cama con 40 de fiebre y lo mantuvo fiel a su tarea de predicador en un retiro que hicimos en Grottaferrata en 1948 mientras le torturaban dolores hepáticos muy fuertes.

Desde su primera estancia en Roma llevó con suavidad y dulzura sus dolores físicos, como si fueran caricias del Señor, y para sus hijos enfermos y dolientes tenía siempre palabras de ánimo de padre tierno y afectuoso, haciéndoles comprender que ciertas «visitas» son una señal de privilegio y siempre van acompañadas de una gracia proporcionada y eficaz.

Siempre nos asombró la capacidad de trabajo de este hijo de Dios, que fue, en efecto, un extraordinario «burrito de Jesús» por la impor-

tancia de los encargos recibidos y la naturalidad con que los llevaba a cabo. Durante el Concilio y después, en los trabajos de las Congregaciones romanas, eran frecuentes las sesiones prolongadas, que le obligaban a volver a casa muy tarde. Y sin embargo, tampoco entonces se concedía reposo, sino que con ahínco y dedicación se entregaba a sus obligaciones ordinarias en las que ponía sus dotes naturales recibidas y sus experiencias en el campo del derecho, de la ingeniería, de las ciencias humanas. Quedan como testimonio de estos trabajos intelectuales de estudio y de experiencias pastorales algunos libros que tratan de la promoción del laicado, la formación del sacerdote, el desarrollo del derecho canónico. Aunque nunca se dejó ver como protagonista y promotor de muchas y apasionadas investigaciones, en el terreno de la cultura y de la civilización cristianas, sus colaboradores y colegas saben muy bien cuánto contribuyó al verdadero progreso de éstas, para un justo «aggiornamento» del mensaje de Cristo.

Las experiencias pastorales, que mencionábamos antes, no se limitaban a reuniones con numerosos oyentes (a veces eran millares los que intervenían), mas hallaba el tiempo para recibir singularmente a las personas, y diez o quince minutos eran suficientes para dejar en ellos una huella indeleble; fruto de una presencia del Espíritu que obra con fuerza cuando los canales son libres y puros. Hemos podido registrar las numerosas conversaciones familiares con públicos diferentes: jóvenes y adultos, parejas maduras y esposos recientes, campesinos y hombres de cultura... Pues bien, ¿qué conversador ha podido hablar improvisando con tanta claridad, profundidad de doctrina, limpidez de vida interior y con argumentos de vida vivida, de vida actual, de vida del espíritu? Quien las escucha hoy podría pensar que fueron escritas tras profundas meditaciones o con la ayuda de obras ascéticas de los grandes doctores de la Iglesia. El fluir de sus palabras, sin interrupciones, sin incertidumbre, causa impresión, asombra: en ellas no hay sólo cultura y sapiente oratoria. ¡En ellas hay vida!



El beato Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei

Todo este desarrollarse, día tras día, año tras año, de una larga existencia al servicio de Dios, con fidelidad a la vocación, olvidándose de sí mismo y dedicándose a los demás, en el ordinario cumplimiento de los deberes cotidianos, pero con heroísmo escondido y silencioso, ¿qué es si no un testimonio de santidad en el lugar que la Providencia asigna *ab aeterno* para la gloria de Dios?

Quien escribe ha conocido hombres de los que hoy se habla y sobre los que se han escritos perfiles biográficos edificantes. Pues bien: tiene la audacia de afirmar que ha sentido en ellos —en su momento— el

perfume de la santidad. Hombres de cultura, obreros o industriales: por tanto muy diferentes por talentos naturales o adquiridos, pero semejantes en el apasionado amor a Cristo en la fidelidad de la Iglesia, en el amor por el prójimo, en el sacrificio no ostentado. Cuando tenemos la suerte de encontrarles en nuestro camino nos invade un sentido profundo de gratitud y alegría: así pues, hubo y están a nuestro lado estos testigos de Cristo, estas imágenes reales del Viviente y nosotros les hemos tocado, escuchado y a menudo los hemos tomado como guías de nuestros inseguros y desordenados pasos. Bendito sea Dios porque hace brotar en cada ambiente o estado de vida al hombre o a la mujer que hará presente al Emanuel en carne y hueso para facilitar nuestro camino de santidad. □